

me aprovecho de ella con alegría. Me felicito de volverme á encontrar bajo los mismos auspicios, en el dia en que vengo á inaugurar la órden y el hábito de los Padres Predicadores franceses á la faz de mi país, y vos acabaréis, Monseñor, de coronar este momento de mi vida, derramando sobre nosotros vuestras bendiciones.



ELOGIO FUNEBRE

DE

MONSEÑOR DE FORBIN-JANSON (1).

MONSEÑOR (2):

Señores:

ENTRE los hombres que la divina Providencia ha colocado en la Iglesia de Francia de cuarenta años á esta parte, pocos hay que se hayan atraído la atención de sus contemporáneos en el grado que Mr. Carlos Augusto de Forbin-Janson, obispo de Nancy y de Toul, primado de Lorraine, al presente restituido á Dios. Pocos hay sobre todo que, con tan notables prendas de corazón, con los dones de una inteligencia tan viva, hayan triunfado menos de los obstáculos de su vida, y cuya persona y memoria hayan quedado menos á cubierto de las opiniones contrarias. Sobre las riberas del Asia, en las orillas mas lejanas de los rios de la América, ha visto unos pueblos seguir sus huellas, embriagarse con su palabra, darle en alta voz los nombres mas gratos al hombre; ha visto otros repelerle de su seno, y ha muerto lejos de su silla episcopal, despues de catorce años de destierro, en una edad prematura. Menos feliz que otro obispo de

(1) Este elogio fué leído en la Catedral de Nancy el dia 28 de agosto de 1844.

(2) Monseñor Menjaud, obispo de Nancy y de Toul.

su tiempo, cuyo palacio fué dos veces destruido por la tempestad, no ha podido morir en medio de su rebaño, y recibir en su féretro aquella postrera visita de los pueblos, que les inspira, cuando todo ha fenecido, un conocimiento mas moderado de su poder y una rectitud mas tranquila en sus juicios. Yo vengo, Señores, á hablar sobre esa tumba que no habeis visto, y que no veréis jamás; vengo á hablar sobre esa tumba, porque la vida de Mr. de Janson merece ser estudiada en sus felices sucesos y en sus reveses, porque puede aprovechar á muchos, y porque la Iglesia de Francia le debe un recuerdo; pero vengo á hacerlo tambien por un sentimiento que me es personal. ¡ Cosa singular! los dos obispos de Francia á quienes la tempestad de este siglo ha perseguido mas, son los dos obispos que mas me han amado. No he podido tributar al uno los últimos deberes de la piedad filial, y vengo á tributárselos á este.

No creais, sin embargo, que abusaré de los derechos de la muerte; si la muerte favorece la justicia, no debe favorecer la lisonja; ella me advierte, por el contrario, remontando mi pensamiento hácia los severos juicios de Dios, que en ninguna otra ocasion debo hallarme mas firme en mi ministerio para cumplir hácia toda criatura con las sagradas obligaciones de la verdad y de la ingenuidad. Seré sincero, Señores; seré justo; seré sobre todo cristiano, es decir, que honraré la justicia y la verdad con acentos que no herirán el corazon de nadie.

¿Debo, Señores, hablaros de los antepasados de Mr. de Janson? Es una propension natural en el hombre buscar su origen, aclarar en la innumerable serie de las generaciones los conductos por donde le ha llegado esa gota de vida que posee, gota amarga y preciosa, que ha atravesado los siglos para venir de Dios á él, y que debe sin duda su originalidad propia

á todas las vicisitudes de tan extraordinario camino. Como un navegante encallado en comarcas desconocidas, á la embocadura de un rio, marcha contra su curso, y avanza hácia las misteriosas montañas que contienen el manantial; así el hombre, viajero depositado por la eternidad en un punto del tiempo y del espacio, se dirige hácia su origen, y se busca á sí mismo en las edades en que aun no existia. Mas ¡ ah! las naciones mismas no conocen su principio; ellas se encuentran súbitamente en la historia el dia siguiente de un combate, y en vano quieren profundizar mas para arrancar á la antigüedad el secreto de su destino primitivo. ¿Cómo podria un solo hombre obtener del tiempo lo que los grandes pueblos no han obtenido jamás de él? Así es que las mas ilustres familias no aspiran sino á progenitores recientes, y mas allá de este término en que empieza tan cerca de nosotros su constante sucesion, ellas se pierden con el resto de la humanidad en una comun ignorancia de lo que en otro tiempo fueron. Mas por poco distantes que un hombre pueda alcanzar á sus progenitores, es siempre para él un consuelo considerar sus semblantes; y nosotros, espectadores de las vidas célebres, nos mostramos con gusto curiosos en la cuestion de sus antepasados.

¿Cuáles eran, pues, los antepasados de Mr. de Janson? ¿Hasta dónde penetraba su mirada en lo pasado cuando, jóven todavía, trataba de adivinarse á sí mismo? Aun cuando no fuese mas que para apreciar el curso de sus ideas y el valor de sus sacrificios, tenemos necesidad de conocer la sangre que halló en sus venas. Ahora bien, Señores, en un siglo plebeyo tuvo la incomparable desgracia de nacer de una estirpe histórica. En todas épocas, un distinguido nacimiento es una pesada carga; pero ¿no tengo derecho para llamarlo una desgracia cuando ya no en-

cuentra en su alrededor nada que le corresponda, y cuando la elevacion que de él resulta solo atrae la desconfianza, no obtiene mas que exclusion, no crea sino imposibilidad? ¡Ah! ¡dichosos los que nacen á la medida de su tiempo, patricios en un siglo patricio, plebeyos en un siglo plebeyo! Estos son dichosos, y la menor justicia que deben á los que no tienen la misma fortuna, es el comprender cuán dura es su posicion. El hombre solo es fuerte por su correspondencia con el movimiento real de la humanidad, y siempre que queda fuera de este movimiento ó lucha contra él, se asemeja al pasajero abandonado en un desierto por el buque que le conducia, y cuya irreparable fuga sigue con la vista. Al hablaros de los antepasados de Mr. de Janson, Señores, os hablo pues de su primera disgracia, y cuanto mas os demuestre que ellos eran ilustres, con tanta mas razon podréis deducir que el mérito de su heredero, si es que ha tenido alguno, ha sido un mérito raro y difícil.

El siglo XII habia ya oido el nombre de los Forbin; la Inglaterra y la Italia se lo habian repetido. En el siglo XIII, Carlos I de Anjou, conde de Provenza, los llamó á sus Estados, los colmó de honores y beneficios, y hasta emparentaron con su familia soberana. Mas tarde, en el siglo XV, hallándose Carlos IV amenazado de morir sin herederos, Palamedes de Forbin, apellidado el Grande, le dispuso á hacer su testamento en favor de Luis XI, y proporcionó asi la reunion del condado de Provenza á la corona. Luis XI le recompensó este eminente servicio, que volvia á unir la Francia con la Italia, delegándole la autoridad soberana en la Provenza y dándole esta divisa, que es todavia la de los Forbin: *He hecho al rey conde, y el conde me ha hecho rey*. Asi se hizo puramente francesa la casa de Forbin, aportando á la Francia una de sus mas ricas é industriosas provincias, y despues no ha

dejado de honrar aquel primer titulo de su gloria produciendo en las armas, en el gobierno, la magistratura y la Iglesia hombres de gran talento. Yo observo en el número dos figuras históricas: desde luego Santos de Forbin, cardenal de Janson, obispo de Digne, de Marsella y de Beauvais, limosnero mayor de Francia, y embajador de Luis XIV en Toscana, en Polonia y en Roma. Este fué el que en la Dieta de Polonia de 1674 hizo elegir por rey al famoso Juan Sobieski, libertador de la cristiandad bajo los muros de Viena, y el que concluyó en tiempo de Inocencio XII la reconciliacion de la Francia y la Santa Sede, cuya buena armonia habia sido turbada hacia largo tiempo por la declaracion de la asamblea del clero en 1682. El otro personaje que os debia nombrar, es el conde de Forbin, gran almirante del rey de Siam al fin del siglo XVII, vuelto despues á Francia, y uno de los oficiales que mas honraron nuestra marina en la ancianidad de Luis XIV. En el solo año de 1707 batió cinco veces las armadas inglesas, y trajo valor de seis á siete millones, fruto de sus expediciones navales.

Tal era, Señores, la casa de Forbin, dividida en muchas ramas, que tenia por primogénita la de Forbin-Janson. La Providencia apenas dejó al jóven Carlos Augusto, cuya vida os exponemos, el tiempo de envanecerse con su nacimiento. Aun no habia llegado á la edad del discernimiento, cuando ya amenazaba en su fuerza la borrasca que debia abatir la majestad de los reyes, arrebatar el poder á las familias antiguas, llamar todos los hijos de la Francia á los mismos deberes y á los mismos derechos, y crear en el corto espacio de veinticinco años, sobre ruinas colosales, una historia, una gloria y una nacion enteramente nuevas. Nada mas diré de aquel momento, con que ninguna otra época del mundo podria compa-

rarse, sino que conviene á las generaciones presentes considerar la herida que hemos hecho en lo pasado y admitir al menos que á otros les han podido quedar recuerdos, consideraciones, alguna cosa que no es ni extraña ni enemiga, sino que únicamente no es tan jóven como nosotros. Si los soldados de Clovis ó los palatinos de Carlo Magno resucitasen de su tumba, su estupor al vernos, no acusaria su patriotismo, sino al tiempo y á esa dificultad de entendimiento en seguir con bastante rapidez la extraordinaria precipitacion de las cosas humanas. Si nosotros mismos hubiéramos recibido en nuestras venas la leche de lo pasado, si un cuarto de hora solamente hubiéramos respirado un aire mas viejo que el nuestro, conoceríamos cuánto mas lentas son las revoluciones del entendimiento que las revoluciones de los imperios, y juzgaríamos con mas indulgencia esa inmutabilidad de las ideas y de las costumbres que nos parece un obstáculo en los demás, y que un día consideraremos en nosotros mismos como firmeza y virtud.

Cárols Augusto fué llevado á Alemania por sus parientes que huían de la tempestad. Poco tiempo permaneció allí; su familia le condujo á Francia cuando la nueva sociedad comenzó á surgir al través de los restos de la antigua. En Francia cumplió el primer acto solemne de la vida; quiero hablar de la primera comunión. Esta era entonces mas que nunca para los cristianos un acto dulce y memorable. Ellos habian visto sus altares profanados, sus templos derribados ó cerrados, sus sacerdotes maltratados ó dispersos; un poder gigantesco se habia declarado su enemigo, y al mismo tiempo que llevaba á las fronteras de la patria un glorioso terror, conducia al interior sus triunfos para hacer de ellos contra Dios un invencible trofeo. Mas hé aquí que se cumple otra vez la palabra divina, y los cristianos repetian en la lengua de David

aquellos cantos proféticos que hace tres mil años acusan de impotencia á sus perseguidores: *¿Porqué se han estremecido las naciones, y los pueblos han meditado cosas vanas? Las dominaciones de la tierra se han unido contra el Señor y contra su Cristo; ellas han dicho: Rompamos su yugo, y arrojémosle por encima de nuestras cabezas. Mas el que mora en los cielos se reirá de su designio, y el Señor se burlará de ellas* (1). La alegría de los cristianos era tanto mas pura, cuanto que la vuelta de su libertad se habia hecho por dentro y no por fuera; no habia habido emigracion de la fe; la fe habia permanecido en la patria así en los días de infortunio como en los días de prosperidad; ella habia abrazado llorando y esperando la tierra de Clovis y de S. Remigio, y esta tierra, fiel á sí misma como á Dios, por una germinacion insensible habia vuelto á elevar hácia el cielo sus tallos no momento abatidos. Cárols Augusto recibió, pues, por la primera vez la sagrada comunión llevando en su corazón y en su frente muchas alegrías á un tiempo; la alegría de su juventud, la alegría de volver á la patria, la alegría del cristianismo renaciente, la alegría de los ángeles que habian descendido del em-píreo para visitarle. La unción de aquel día quedó en su alma como una herida que no se cicatriza jamás; aunque su fisonomía volviese á presentarse entre líneas fuertemente acentuadas como las de todos los antiguos linajes, se revistió por encima de su energía nativa con una gracia piadosa que le obtuvo la primera conquista que ha hecho para Dios.

Por lo comun es la edad madura la que conduce la infancia á Dios. Lleva consigo el triple imperio de la experiencia, de la razón y de la autoridad, y este imperio no le fué dado sin duda sino para inspirar

(1) Salmo 2, vers. 1, 2, 3 y 4.

el bien y la verdad á la inteligencia ignorante y dócil de un niño. Esta es sobre todo la funcion mas sagrada de un padre. Mas para dar á Dios, que contiene solo todo bien y toda verdad, es preciso poseerle uno mismo, es preciso conocerle, amarle y servirle. Ahora bien, el padre del jóven Forbin pertenecia al siglo que acababa de concluirse; en sus oidos resonaba todavía aquella risa ingeniosa que hacia cincuenta años perseguia en Europa la obra del Hijo de Dios sobre la tierra. Es verdad que despues la sangre y las lágrimas del mundo habian corregido aun á los espíritus mas ligeros; pero si bien reinaba el estupor, no por eso habia conversion. Admirábase que una catástrofe tan terrible hubiese salido de doctrinas al parecer tan halagüeñas; se miraba al siglo pasado como un modelo de talento, de elegancia, de costumbres excelentes, de una sociedad perfecta, y a todo se achacaba su caída, excepto á Dios y á sí mismo. ; Tan difícil es á la ceguedad de los hombres discernir la revelacion divina hasta en los acontecimientos en que mas brilla! Cuando Baltasar, con los vasos del templo de Jerusalem en la mano, miraba en la muralla el dedo de Dios que escribia su sentencia, el desgraciado temblaba con todos sus miembros, mas no comprendia todavía su crimen.

El marqués de Janson debió á su hijo la luz que no le habian dado las ruinas de una sociedad corrompida. No podia verle en la iglesia sin enternecimiento; la paz de sus facciones, la elevacion de su alma que subia dulcemente hasta su rostro para iluminarle, el apacible gozo que rodeaba toda su persona, aquel espectáculo de la felicidad mas pura, renovado sin cesar á la vista del padre, le abismaba en una especie de contemplacion, haciéndole de su mismo hijo una aparicion de la verdad. En fin, un dia vió claramente á Dios; las almas del padre y del hijo se encontraron

en las indestructibles certidumbres de la fe; ellos adoraron, oraron, amaron juntos, y tal fué, Señores, el primer apostolado de Mr. de Janson.

Estaba entonces sobre el trono de Francia un hombre superior á todos sus contemporáneos, no solamente por el genio de la guerra y de la legislacion, sino sobre todo por la profundidad de sus instintos religiosos. Tan grande por la conquista como Ciro, Alejandro, César y Carlo Magno, habia tenido el mérito de conducir su nacion hácia Dios, y despreciando hasta en sus generales los últimos silbidos de la incredulidad popular, se le habia visto coger con mano animosa, y tener juntos en un mismo haz la espada, el cetro y la cruz de Jesucristo. Este grande hombre no tenia odio contra nada; ni contra Dios, porque él mismo era poderoso y el creador de un mundo nuevo, ni contra la nobleza, porque él mismo descendia por linea recta de todos los antiguos héroes, ni contra el pueblo, porque él mismo era un hijo suyo, ni contra lo pasado y el porvenir, porque se creia tan fuerte como ellos. Como hombre social, abrigaba en su ancho pecho todos los pensamientos honrados de la humanidad, y no proscribia nada mas que la bajeza y la incapacidad. Su ejército, sus palacios, sus consejos se habian abierto á todos los restos esparcidos de la sociedad francesa, y en su casa se encontraba el marqués del antiguo régimen al lado del baron del Imperio, el hombre de la Convencion á la izquierda del emigrado, el soldado de la última victoria con un abate de San Sulpicio. Napoleon, Señores, discernió al jóven Forbin, y le nombró auditor en el Consejo de Estado (1).

(1) Napoleon sin duda cometió grandes faltas contra la religion y contra las libertades públicas; pero un católico no podria olvidar que sacó la Francia del caos, firmó el Concordato, se hizo consagrar por el Papa, y murió en los brazos de la Iglesia.

Para un jóven de veinte y dos años, heredero de un gran nombre y de una inmensa fortuna, vivo, amable, perspicaz, era esta una preparacion natural para los empleos mas distinguidos del orden administrativo. Carlos de Forbin ya no tenia mas que seguir la fácil pendiente del tiempo y de su situacion. Pero otros pensamientos se agitaban en el fondo de su alma. Napoleon habia hecho mucho por la religion dándole libertad, una parte de sus monumentos históricos, y asegurándole una dotacion pública en cambio de sus antiguas posesiones; pero aun cuando entonces hubiera hecho mas, no habria dado á la religion mas que un socorro humano, útil sin ser necesario, digno de reconocimiento, pero incapaz de darle la vida. Dios solo es la vida de la religion comunicándola á las almas, y la comunica á las almas por medio de otras almas que se consagran á ella, y que se hacen su expresion por la santidad, su órgano por sus sacrificios, su prueba viva y popular por la autoridad. Dar almas á la religion, hé aqui lo que los conquistadores y los hombres de Estado no podrian hacer, y lo que hace todos los dias un pobre sacerdote poniendo las manos sobre su corazon para privarle de los vanos regocijos del mundo, y llevándolas purificadas al corazon de otros hombres, despues de haberlas levantado llorando hácia Dios. ¡ Santos sacerdotes! Tal es en todos tiempos el grito de la religion; pero ¿cuándo debia levantarle mas que al principio de este siglo? La muerte y el destierro habian agotado la estirpe de aquel antiguo clero francés que, por una tradicion no interrumpida de saber y de virtudes, remontaba hasta la doble y sagrada cuna del cristianismo y de la monarquía; multitud de iglesias abandonadas, otras muchas dirigidas por hombres en todo jóvenes, atestiguaban la profunda miseria de la Iglesia de Francia. Los templos

habian sido de nuevo abiertos; mas las piedras de los templos, frias y mudas, no respondian á la voz de los pueblos que volvian allí á preguntar á Dios.

Es propio de corazones grandes, Señores, el descubrir la principal necesidad de los tiempos en que viven, y consagrarse á ella. Ahora bien, la primera necesidad del imperio, en los brillantes años que lo habian inaugurado, era seguramente la de restablecer la religion llenando el santuario de almas escogidas. Ya, fuera del sagrado recinto, habia Dios suscitado ilustres talentos que asombraban á la Francia por la novedad de su estilo y de sus ideas, y que principiaban sobre las alturas del mundo, por en medio de los incienso de la poesia, la reedificacion imprevista de la ciudad de Dios. ¿No era preciso que el santuario se uniese á este movimiento, y que así corriese á la generacion social el triple genio del gobierno, del pensamiento y de la santidad? Carlos de Forbin se consumia interiormente en esta inspiracion de su fe. Habia ya unido con muchos jóvenes de su edad para ejercitarse con ellos en las obras de caridad y en las prácticas de la piedad mas ardiente, y tales fueron en Paris las primicias de aquella juventud cristiana que, treinta años despues, al estallido de nuevas revoluciones, debia fundar la Sociedad de San Vicente de Paul. La grey de aquellos jóvenes era corta todavia; tenia por director un sacerdote cuyo nombre no ha llegado hasta vosotros, Señores, porque la modestia algunas veces es mas poderosa que el talento, pero que ha dejado en el corazon de cuantos le han escuchado aquel vinculo inmortal que produce la elocuencia entre el orador y su auditorio. Llamábase Delpuits; tengo un placer en nombrarle. Otros han adquirido mas gloria en sus relaciones con la juventud de Francia; ninguno la ha merecido mas.

Sin embargo, por grande que fuese el zelo de Carlos de Forbin, no dejaba de hallar en si mismo obstáculos para su designio. Tenia mucho que sacrificar; su nombre, su fortuna, su edad, sus ventajas en el mundo, su gusto por todos los ejercicios corporales le suscitaban á porfia razones para quedarse como estaba. Su madre, descendiente de los principes de Galian, conspiraba tambien contra su vocacion, sea que considerase el abatimiento exterior en que habia caido el clero de Francia, sea por aquella ternura inexplicable en una mujer cristiana, que se persuade que perderá algo de su hijo si se hace un hombre del Señor. Ella empleó todas las astucias del genio maternal para apartarle de su resolucion; ella probó á detenerle anudando su corazon con aquellos lazos puros, pero fuertes, en que la juventud suele caer con un abandono tan digno de ser recompensado; mas no pudo conseguirlo.

El jóven de veinte y cuatro años triunfó de su corazon, como ya habia triunfado de las ilusiones del rango, de la riqueza y de la ambicion. La hora final del sacrificio habia llegado; en 1809, Carlos de Forbin entró en el seminario de San Sulpicio, bajo la direccion del célebre y virtuoso Emery. Sus contemporáneos recuerdan todavia el fervor que trajo allí, y se manifestaba por una severidad para con él mismo que no se hubiera esperado de un jóven educado en los regalos del gran mundo. Por cuidado que pusiese en ocultar sus prácticas, sus condiscipulos descubrieron algunas; observaron que en medio del invierno dejaba abiertas sus ventanas por la noche, á fin de que su sueño, haciéndose ligero cuanto fuese posible, no durase mas que el tiempo necesario á la reparacion del cuerpo. De este modo preludiaba el infatigable ardor de su apostolado, sabiendo que la sumision del cuerpo al alma es la única via que Dios

ha abierto á las grandes ambiciones morales, y que sin la austeridad exterior, en vano se aspiraria á la santidad ó al genio.

El año de 1811 fué para el abate de Janson el año sacerdotal. En él debió recibir la uncion de manos del cardenal Maury; pero el cardenal habia aceptado la silla arzobispal de Paris contra la voluntad del soberano pontífice prisionero, y aunque hubiese recibido de los vicarios generales legitimos los poderes necesarios para la ordenacion, el abate de Janson no quiso deberle una gracia tan preciosa como la del sacerdocio. Tomó sus medidas para ser ordenado en Chambery, por el obispo de aquella ciudad, quien lo nombró su vicario general, y le confió el gobierno de su seminario diocesano.

Esta situacion duró poco. Las funciones administrativas se acomodaban penosamente al genio del abate de Janson. Volvió á Paris, y se dedicó á la instruccion de los niños en la parroquia de San Sulpicio. Extrañaréis, Señores, esta brusca transicion; de la direccion de una diócesis el abate de Janson pasa súbitamente á la humilde mision del catequista; el apostolado, que es su verdadera, su única vocacion, le atormenta y le arrebató desde los primeros dias de su sacerdocio. Ya no se contenia en Paris; sus ojos ávidos se dirigian á las lejanas comarcas en que el cristianismo oprimido reclama á cada momento la palabra y la sangre apostólicas; su imaginacion erraba de la América á la China, de la China á las orillas del Ganges y del Eufrates; la mano de Dios le habia cogido, y le paseaba, de aspiracion en aspiracion, por en medio de todos los lugares desolados de la tierra, para elegir allí un puesto en que su piedad no estuviese en estrechez.

De repente, en el seno mismo de la patria, un grito prodigioso se eleva: el descendiente de Ciro y

de César, el dueño del mundo había huido ante sus enemigos; las águilas del imperio, conducidas con rapidez de las orillas ensangrentadas del Dnieper y del Vistula, se replegaban sobre su tierra natal para defenderla, y se admiraban de no recoger en sus poderosas garras sino victorias heridas de muerte. Dios, pero Dios solo, había vencido la Francia mandada hasta el fin por el genio, y triunfante aun en el mismo cuarto de hora que señalaba su caída. No diré las causas de aquella catástrofe; además de no ser este mi objeto, repugna al hijo de la patria penetrar demasiado en los dolores nacionales, y deja con gusto al tiempo solo el cuidado de aclarar las lecciones encerradas por Dios en el fondo de los reveses.

Una nueva posición había salido para todo el mundo de la revolución que acababa de efectuarse; los designios del abate de Janson quedaron por ello contrariados. La Francia se le apareció bajo un aspecto que no había tenido desde luego á su vista. Creyó que el movimiento de ascension religiosa empezado en tiempo del imperio iba á continuar su desarrollo con una fuerza mas decisiva, y buscó en su zelo los medios de concurrir á ella y de apresurarla. Comprendió perfectamente que el imperio solo había constituido la parte administrativa y pastoral de la Iglesia de Francia, y que faltaba á este cuerpo jóven el arma del apostolado, es decir, el servicio activo y desinteresado de la palabra. La religion es un pensamiento, y la palabra es el sol que hace el pensamiento visible, vivo y comunicable; como el sol da la vuelta al mundo para iluminar los cuerpos, así la palabra, hija primogénita de Dios, debe dar cada día la vuelta al mundo para ilustrar los entendimientos. Su primera palabra, en el origen de las cosas, había sido esta: *Fiat Lux*, — *hágase la luz* (1). Esta es todavía su divisa y su función;

(1) Génesis, cap. 1, vers. 5.

será lo uno y lo otro hasta el siglo futuro, en que el mismo Verbo de Dios ilumine directamente la asamblea de las almas en la eterna Jerusalem. Y hasta entonces la misión de la palabra será la primera misión del mundo, la misión de la verdad, de la santidad, de la justicia, del orden, de la creación, de la resurrección, de la vida y de la muerte. ¡Háblad! No os calleis; no os calleis ni ante la cuchilla que os amenaza, ni ante la majestad que os mira, ni ante vuestra hermana que os conjura, ni ante vuestra madre que se arrodilla para suplicaros, ni ante los pueblos que os gritan: ¡silencio! ni ante las olas del mar que se mueven para ahogar vuestra voz. ¡Háblad! Tal había sido el orden de Jesucristo á sus apóstoles, y uno de estos, san Pablo, escribía alegremente: *Yo trabajo por el Evangelio hasta llevar cadenas como un malhechor, pero la palabra de Dios no está encadenada; — laboro usque ad vincula, quasi male operans, sed verbum Dei non est alligatum* (1). Todo, en efecto, importa poco á la Iglesia, con tal que ella hable; pero aunque libre, no se ejercita siempre y en todas partes aquel poder de la palabra del mismo modo y en el mismo grado. Hay tiempos y lugares en que, dueña tranquila de las almas, no teniendo que combatir mas que algunos desórdenes, consecuencia natural de la flaqueza de nuestro corazón, se limita á una palabra de edificación que podría llamar la predicación interior y pastoral. Hay otros en que encuentra creencias tenaces, ya entre los pueblos que aun no han recibido el misterio de la verdad, ó ya entre aquellos que fueron ilustrados, pero que disgustados de la luz patrimonial, apartaron de ella su vista para formarse doctrinas de su elección. En tal caso la Iglesia llama á su socorro una palabra que sería difícil de definir por caracteres constantes, á causa de la variedad de los errores

(1) Segunda epístola á Timoteo, cap. 2, vers. 9.

que debe combatir y de las almas que quiere convencer, pero que puede llamarse la predicacion exterior ó apostólica.

Mr. de Janson creyó que el estado de los ánimos en Francia requería un gran desarrollo de la predicacion apostólica. Lo creyó con tanta mas razon, cuanto que no se trataba solamente de luchar contra la debilitacion de la fe producida por las controversias filosóficas del último siglo, sino tambien de mantenerse al nivel de una época en que la libertad de la palabra humana, estando consagrada por las instituciones públicas, exigía por contrapeso toda la actividad de la palabra divina. Era este, Señores, un pensamiento justo, elevado, liberal. La palabra humana ¿tenía derecho de quejarse si la palabra divina buscaba un campo mas ancho para penetrar en él? ¿No era la palabra divina la que al conquistar su propia libertad había acabado por libertar la palabra humana? ¿No podían ellas vivir juntas sobre el terreno comun del nuevo derecho, sea que debieran combatirse, sea que tuvieran el deseo de reconciliarse?

Verdad es que para juzgar un pensamiento no basta considerarle en su concepcion íntima, sino que es preciso tambien ver su realizacion. ¡Y bien! se dirá, ¿qué había resultado del pensamiento de Mr. de Janson? De repente un nublado de misioneros se había precipitado del Norte al Mediodía en las grandes ciudades del reino, llamando al pueblo á ceremonias extrañas, desconocidas de la tradicion católica; á cantos que no solamente expresaban las esperanzas de la eternidad, sino tambien las de la política profana; á predicaciones en que el exceso del sentimiento suplía la debilidad de la doctrina, en que se atacaba menos al corazón que á la imaginacion, con riesgo de no producir mas que una conmocion pasajera en lugar de una sólida conversion. ¿Era esta

una obra santa y digna? Bastaba para justificarla el haberse atraído algunas poblaciones, y, sin hablar de los desórdenes que protestaron contra ella en muchas nobles ciudades, ¿no debe tenerse en cuenta la profunda repulsion que inspiraba á una parte de la nacion la poca gravedad de este proselitismo religioso? ¡Ah! no era así como los apóstoles habían conquistado el mundo; no era así como S. Pablo se había presentado en Atenas y en Corinto; no era tampoco así como los misioneros modernos habían ganado á los pueblos salvajes de ambas Américas. Después que el mundo, educado y fortificado por el cristianismo, había adquirido mas delicadeza y profundidad, ¿se debía tratarle con tan poco respeto en los esfuerzos de una conquista mas difícil que la primera?

Estas reprobaciones, Señores, han salido de la boca de un sinnúmero de contemporáneos nuestros. ¿Eran justas? Yo diré lo que respondían los partidarios del nuevo apostolado.

Era un error atribuir á Mr. de Janson la creacion de las misiones de Francia. Ellas existían hacia dos siglos, y su primer autor fué uno de los hombres cuyo nombre ha permanecido mas popular, quiero decir, S. Vicente de Paul. Este es quien, en 1626, había sentado en Paris los fundamentos de una sociedad religiosa destinada á predicar misiones en el interior mismo del país, sociedad que fué aprobada en 1632 por una bula del papa Urbano VIII, bajo el nombre de *Congregacion de los sacerdotes de la mision*. Después, ya en Francia, ya en otros países católicos, se habían formado institutos semejantes; los misioneros, conducidos por su zelo y su experiencia, habían imaginado juntar á la predicacion los cantos y las ceremonias que juzgaban propias para excitar en los fieles la fe, el arrepentimiento y todos los senti-

mientos cristianos. De aquí se habia formado poco á poco una tradicion, y al fin del último siglo, la voz potente y célebre del Padre Brydaine daba todavía á estas reglas una gloriosa confirmacion. Mr. de Janson no habia hecho mas que resucitar un pensamiento que principiaba en S. Vicente de Paul, y concluía en Brydaine. Es verdad que la predicacion de los misioneros antiguos y modernos era frecuentemente menos sabia que popular; mas ¿era esto un motivo de queja en un tiempo de democracia? ¿No se podia en el siglo XIX trabajar por el pueblo? Si el lenguaje de los misioneros desagradaba á los hombres de saber y de gusto, ¿quién los obligaba á escucharlo? O mas bien, bajo estas quejas del gusto lastimado, ¿no se ocultaba el temor de que el cristianismo volviese á tomar su ascendiente sobre una gran parte de la sociedad? Los que perseguian á los misioneros, ¿no eran los mismos que perseguian á los Hermanos de las Escuelas Cristianas? y la revolucion de 1830 ¿no ha rehabilitado y premiado á los Hermanos de las Escuelas Cristianas por la voz de sus ministros, de sus filósofos, de sus oradores, y por la voz aun mas significativa del mismo pueblo?

No pasaré mas adelante, Señores; me basta haberos mostrado que la cuestion tenia dos aspectos importantes; y cuando una cuestion tiene dos aspectos importantes, un hombre de bien puede, salvos el deber y el honor, elegir la una ó la otra. Este es vuestro derecho, Señores, es el mio; tambien era el derecho de Mr. de Janson.

No entraré en los pormenores de sus trabajos apostólicos. En medio de su curso era naturalmente conducido al pensamiento de misiones mas lejanas, y quiso visitar al menos la tierra que habia sido el punto de partida de todos los apóstoles. En 1817 partió para el Oriente, evangelizó en Smirna muchas

naciones á un tiempo, y hallándose asi preparado para visitar á Jerusalem, buscó con piedad las huellas del Señor, á quien deseaba servir con mas ardor que nunca.

Cualquiera otro que Mr. de Janson, Señores, no hubiera recogido de este viaje mas que dulces recuerdos personales. Mas él, con el corazon reboando en las emociones que habia recibido, concibió el designio de hacer gozar de ellas á sus hermanos, no por una narracion mas ó menos imperfecta, sino por una imágen viva de la realidad. En el occidente de Paris, sobre una eminencia ceñida por tres costados por las aguas del Sena, y desde donde se contemplaba tranquilamente un inmenso horizonte, Mr. de Janson poseía, con una sencilla casa, una capilla adornada con algunos sepulcros de familia. Muchas veces habia ido allí como á un lugar doméstico y solitario; allí habia reflexionado sobre sí mismo y sobre todas las grandezas cuyo teatro se desarrollaba á sus piés. Cualquiera ruta que tomase, le conducia á lugares célebres. Un sendero le dirigia á Nanterre, cuna de santa Genoveva; otro á Malmaison, morada ennoblecida por la fortuna de Napoleon y la desgracia de Josefina; mas allá, pero todavía muy cerca, se hallaba Marly, donde Luis XIV venia á reposar de Versalles; en el lado opuesto, se tocaba la selva de San Claudio y las sombrías islas de Neuilly; en las extremidades de la llanura, aparecian San German, San Dionisio y Paris. Era imposible sentarse en aquel sitio sin que el alma fuese visitada por hermosas visiones: ¡tan bella era allí la naturaleza, sublime el espacio, radiosos los recuerdos! Mr. de Janson resolvió dar este lugar desierto á un millon de hombres colocando en él una cruz. Recordaba que el Redentor del mundo habia dicho: *Cuando yo haya sido levantado de la tierra,*